MÚSICA

TRIUNFAL ADIÓS DE ARTURO RUBINSTEIN

MEMORABLE RECITAL CHOPINÍANO, EN EL PALACIO DE LA MÚSICA

Por ANTONIO FERNANDEZ-CID

Con emoción visible dijo adiós Arturo Rubinstein a su público fidelísimo del Palacio de la Música, mientras los aplausos, los ¡bravos!, las peticiones de obras pugnaban por prolongar la presencia del artista. Rubinstein, la mano en el corazón, los brazos en alto como torero en triunfo, en sus labios, como cordial muletilla repetida un «¡Hasta pronto!» de correspondencia y promesa para tantos admiradores, dejaba de nuevo su pabellón bien alto, en cimas que posiblemente ningún otro intérprete actual es capaz de alcanzar; al menos, en cimas distintas, a las que se llega por caminos muy personales y sostenidos en medio siglo de batallar incesante, sí, pero con el gesto pudoroso de ocultar los esfuerzos. Rubinstein, hoy, constituye un espectáculo de continuidad, de resistencia, de brillantez que los años hacen más pasmosa. Constituye también un valor tan real, tan presente y en activo, que podríamos juzgarlo sin consideraudos sentimentales, con reservas y censuras si alguna cupiese oponer a su labor. Una, solo, indisimulable: ¿a qué incidir en esa versión caprichosa —irrespetuosa con la letra— de la «Danza del fuego», que levanta en el público no musical chispas de entusiasmo, en parte de los aficionados las suscita de irritación y en algunos «enterao» —caso de Pilar López, vecina de localidad— conduce al irónico «oleee» entre divertidos y pasmados? Rubinstein no precisa recaer en esos alardes pintorescos para embelesarnos y merece ovaciones de fervor, duración e intensidad unánime sin precedentes.

¡Qué Chopin el suyo! La tantas veces apuntada «lírica tuberculosis» del *músico polaco, lo enfermizo de su andadura física impulsan a muchos de sus intérpretes, que más parecen dolientes deudos,* a lagrimear las versiones, amanerarlas, afectarlas con dengues, remilgos, pseudo delicadezas femeninas... o feminoides y reemplazar lo poético por la cursilería más inadmisible. Por contra, surge el grupo de los asépticos, los que huyen de aquel peligro y caen por completo en el otro: el de la indiferencia, la frialdad, el rigor mecanicista, la vertiginosidad. Rubinstein, ¡Dios lo bendiga!, nos sirve un Chopin, viril y tierno, apasionado y sobrio, optimista y limpio de énfasis, pero amplio, cuando conviene, en la frase. Un Chopin sutil, de filigrana en el sonido, que se beneficia por las gradaciones, los planos, los contrastes y también por la gracia del fraseo, el vuelo de la expresión abierta, libre, gozosamente renovada en cada instante según la obra, el particular período lo reclamen.

Y de esa forma, su recital no cae ni un instante en pecado ni amenaza de monotonía. Escuchamos embelesados a un gran artista reproductor la obra de un gran artista creador mil veces maltratado. Y lo disfrutamos sin contaminar, víctima circunstancial tan sólo de las despiadadas toses de parte del auditorio, que parecía querer mostranos de esa manera insocial su presencia.

Tendrían que citarse todas las obras y las versiones todas. Sólo como ejemplo quede constancia de algún recuerdo especial. Uno, primerísimo, para la «Berceuse», verdadera joya de expresión y calidad sonora, de fraseo y «tempo». Como en la «Sonata en si bemol menor», los períodos centrales del «scherzo» y la «Marcha fúnebre», el «cantábile» de la «Fantasía impromptu», el tercero de los «preludios», filigrana que creeríamos inalcanzable, el «Vals lento» dicho con una pura emoción y un sonido cálido, hermosísimo. En fin, los momentos múltiples de plenitud —así en el segundo de los valses, en sus postrimerías; en la bravura final de la «Polonesa» tocada— en que el piano cobra dimensiones gigantescas. Porque si de una parte lo que Rubinstein hace con los pasajes tiernos, remansados en el ritmo, contenidos en la cantidad es labor de orfebre, no es menor el mérito de conseguir los fortísimos sin dureza, las máximas sonoridades sin caer en lo áspero.

Baladas, preludios, sonatas, fantasías, valses, «berceuse», polonesas, estudios, nocturnos mazurcas... Toda la gama, la representación toda que Chopin, su obra, ofrecen quedó reflejada entre este recital a él consagrado y el final del programa anterior. Y volvimos, luego de tanto hastío e irritación ante los «pseudo» especialistas que infectan el mundo de los conciertos centrados en su repertorio, a sentir la emoción pura de un arte para el que no habrá jamás ocaso. Como parece no lo existirá para Rubinstein, primerísimo hasta que él quiera serlo.